
La utopía del Padre Silva y su Circo de los Muchachos

Ángel Arrabal González

Publicado en FRONTERA, nº 27,
julio-septiembre 2003.
www.atrío.org/frontera/frontera.htm

Se va a cumplir medio siglo desde aquel 1956 en que un cura de Orense recién ordenado inició una peculiar aventura pedagógica y humana llamada “*Benposta Nación de Muchachos*”. En esa época Galicia, una vez más, se vaciaba de gente por la emigración y muchos jóvenes quedaban con los abuelos o deambulaban a su aire. En esas circunstancias y bajo el ambiente opresivo de una pequeña ciudad de provincias, este cura, con lazos familiares en el Circo Price, puso en pie una utopía educativa de la que, a lo largo de estos casi cincuenta años, hemos tenido noticias intermitentes cada vez que el Circo de los Muchachos plantaba su carpa en nuestra ciudad o aparecía fugazmente en televisión la figura menuda y la voz ronca del padre Silva. El padre Silva se formó en el seminario de Comillas de los años 50, todavía bajo aquella rancia espiritualidad y aquella fogosidad pastoral en la que

se educaba a la “élite” del clero español de la época. Pero desde el principio su trabajo pastoral fue bastante peculiar: capellán ambulante de los circos de España. Su primera misa la celebró en Bilbao entre los trapecios y las cuerdas de una pista y bajo la luz de los reflectores del Circo. Desde entonces la pista del circo ha sido uno de sus púlpitos habituales y por Benposta y su Escuela de Circo han pasado miles de muchachos de todo el mundo. Ahora que en España ya no producimos emigrantes sino que recibimos inmigrantes, quedan pocos muchachos españoles en Benposta y, sin embargo, no faltan chicos y chicas de todos los colores e idiomas: latinoamericanos, marroquíes, guineanos o rusos.

En el Parque de la Bombilla de Madrid, junto a San Antonio de la Florida, acaba la función matinal del Circo. Es domingo. El padre Silva, que está a punto de cumplir los seten-

Ángel Arrabal González (Madrid) es sociólogo y miembro del Consejo de Redacción de FRONTERA.

ta años, ha tomado el micrófono y, como un profeta con cazadora de cuero, se ha crecido maldiciendo a todos los poderes que construyen ciudades sin alma y amontonan ganancias mientras privan a demasiados niños de su dignidad y de su título de príncipes de este mundo al que tienen derecho por ser hijos del Creador. A continuación niños y niñas de muchos colores y procedencias levantan pirámides sobre los hombros seguros de jóvenes portores, formando con agilidad vertiginosa la imagen y la metáfora de esta utopía pedagógica: los fuertes abajo, los débiles arriba y el niño en la cumbre. Acabada la función, comemos en un “chino” con Toni, el director del Circo que inició sus primeros saltos mortales en Benposta siendo un niño y que ahora, veinte años después, además de seguir participando en casi todos los números, está siempre pendiente de si un cable está flojo o si a una niña le faltan las zapatillas. El padre Silva va desgranando, con su voz quebrada, retazos de una vida intensa, llena de proyectos, de gentes, de países y también de amarguras y decepciones.

“Se está perdiendo la utopía y eso para nuestras raíces cristia-

nas es un golpe mortal, porque la utopía es la fuente de la esperanza y sin esperanza la fe acaba siendo conformidad o fanatismo y la caridad se convierte en pura obra de beneficencia”.

El Circo de los Muchachos nació en una época de utopías educativas, cuando en Inglaterra A. S. Neil montaba su célebre *Summerhill* y en Italia Don Milani iniciaba su escuela de

Barbiana. La diferencia estaba en que, mientras que en Europa empezaba a consolidarse el Estado de Bienestar, en España aún se vivía en plena autarquía y el padre Silva tenía que utilizar la casa de su madre para albergar a

los muchachos, hasta que una tómbola montada en plena Rambla de Barcelona permitió comprar la finca en la que se levanta Benposta y que, por cierto, ahora el gobierno de Galicia le quiere arrebatar para poner un campo de fútbol.

“Benposta y su Escuela de Circo nació como una saeta que se lanzaba al corazón de un mundo dormido. Por medio de la dignidad, la perseverancia y la visión de una meta compartida, los muchachos le daban a un

**En la vida,
como en el circo:
el fuerte abajo,
el débil arriba
y el niño
en la cumbre**

mundo cansado y desilusionado un aire fresco de esperanza, de paz y de amor y, con inagotable fuerza y entusiasmo, trabajaron día y noche, y por años, hasta alcanzar aquel sueño”.

Pero nada aquí fue fácil. Cada ladrillo y cada trozo de pan suponían un enorme esfuerzo ya que las ayudas oficiales siempre fueron ridículas y hubo décadas en las que se atendía a más de mil muchachos en diversos países. Sin embargo, como sucede siempre, las mayores dificultades no estaban en las letras que vencían o en los acreedores insistentes sino en haber puesto muy alto el listón de los ideales, al intentar construir el propio proceso educativo sobre la responsabilidad colectiva, la generosidad y la capacidad de compromiso.

“A veces el artista, aunque sea muy joven, se siente imprescindible y trata de chantajear. Tiene que haber al lado un veterano que le hable del sacrificio, de la lealtad, de muchos niños que esperan ser rescatados del abandono y de la muerte.

Las pirámides –el fuerte abajo, el débil arriba y el niño en la cumbre– han sido una enseñanza que se mantiene en el tiempo, porque, a pesar de los asombrosos cambios históricos en estos decenios, aún es un programa sin cumplir en un mundo donde la

cuarta parte de los niños siguen siendo despojados de sus derechos más elementales. En muchos lugares del mundo la propia marginación de los niños les ha empujado a crear formas de supervivencia en la calle que sorprenden por su creatividad y su frescura, pero esto también está siendo contaminado por las mafias que se aprovechan de la necesidad y la desesperación. Los gaminos de Bogotá viven a cientos en las calles. Robando y sobreviviendo. Yo les decía: venid a una ciudad donde tendréis un techo y una casa. Y ellos me contestaban: ¿Ves esas calles?; son nuestras. Y los coches y el parque, también los tenemos cuando queramos. Ese orgullo de los gaminos se está perdiendo en la mirada turbia de los sicarios.

Ahora hay niños desechables a los que nadie ha transmitido una esperanza y por eso acaban convirtiéndose en destructores... Pero, ¿qué quieren? Si los que mandan no hacen pirámides sino que decretan la guerra...”.

Lo que admira de este hombre menudo es su coraje para no tirar la toalla, su condición de profeta sin derecho a la jubilación, su juventud permanente conseguida a base de pasar las 24 horas entre jóvenes y de no tener el alma en venta ante ningún poder. El padre Silva y el Circo de

los Muchachos son famosos pero la fama no significa reconocimiento, ni apoyo. Después de haber sido embajadores de Galicia y de España por el mundo entero, ahora se les regatea cicateramente el pan y la sal en su tierra. El padre Silva, que seguramente ha cometido también errores en su larga trayectoria, está hecho de la pasta de los idealistas a los que su fe les mantiene en pie hasta morir con las botas puestas, lo cual no evita

que a veces se le escape un suspiro de amarga lucidez.

“Quizás hemos sido un grito, pero hemos fracasado. Nadie hizo eco al grito. Se perdió en el vacío”.

Nos levantamos y nos dirigimos a la carpa. Dentro de unos minutos se volverá a encender la pista y todo será ese mundo de color y de fantasía donde aun cabe el “más difícil todavía”.

Junio 2003